

# El Hospital General de México: una historia iconográfica

Gabino Sánchez Rosales \*

## Resumen

El Hospital General de México fue inaugurado a principios de 1905. El conjunto hospitalario fue una obra planeada por el doctor Eduardo Liceaga y el ingeniero Roberto Gayol quienes incorporaron los elementos científicos y técnicos de la época para edificar un conjunto hospitalario que representó el símbolo de la modernidad médica en el país. Con el objeto de construir la historia del Hospital General, parte fundamental de la historia de la medicina nacional, el presente trabajo se apoya fundamentalmente en documentos iconográficos (fotografías) como fuentes históricas.

**Palabras clave:** Hospital General, modernidad, iconografía, fuentes, historia.

## Abstract

This paper is based mainly in iconographical documents (photographs) used as historical documents of the *Hospital General de México*.

The Hospital General de México was inaugurated in 1905. The project plans were undertaken by Dr. Eduardo Liceaga and the engineer Roberto Gayol. They incorporated the scientific and technological knowledge of their time to convert the hospital – which is a fundamental part of the medical history of Mexico – in a symbol of medical modernity of the country.

**Key words:** Hospital General, modernity, iconography, history.

\*Lic. Gabino Sánchez Rosales. Profesor del Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina, Fac. de Medicina, UNAM, Brasil 33, Col. Centro, México, D. F. C. P. 06020. Tel. 5623 3113.

## Introducción

EL 22 DE NOVIEMBRE de 1895, el secretario de Gobernación, envió un oficio al doctor Eduardo Liceaga, donde le indicaba que el presidente Porfirio Díaz, atendiendo a sus aptitudes y estudios, había tenido a bien designarlo junto con el ingeniero Roberto Gayol para formar y presentar a la Secretaría a su cargo, un

*Proyecto de Hospital General que reuniera en una sola administración todos los establecimientos que dependían de la Beneficencia Pública con el fin de mejorar de este modo las condiciones de las personas que buscan asilo en ellos.*<sup>1</sup>

Diversas circunstancias alargaron el proyecto que se fue modificando a través del tiempo,<sup>2</sup> pero el interés del gobierno y la necesidad de contar con un hospital moderno sacaron adelante el plan que se vio retrasado, además de las cuestiones económicas, por las que estaban relacionadas con la higiene.<sup>3</sup> El proyecto culminó el 5 de febrero de 1905, cuando el presidente Díaz declaró inaugurado el Hospital General de la ciudad de México. En aquella ocasión Amado Nervo pronunció una oda, que ofrece una idea precisa sobre el significado de la construcción del Hospital frente a los antiguos nosocomios; el poeta dijo:

*... las viejas casas de espesos muros, las de glaciales claustros oscuros, alimentaban tu enfermedad. ¡Qué diferencia con estos techos, con estos muros blancos, que a trechos lucen a orillas de la ciudad!*

El conjunto hospitalario fue construido en un terreno cercano al llamado río de la Piedad, en una superficie de 170 000 metros cuadrados, de los cuales se reservaron 55 000 para jardines y calles. De los edificios que componían el conjunto, sobresalía el de la Administración, así como los pabellones que alojaron a los enfermos de tifo, tuberculosis, mal de San Lázaro, venereo-sifilíticos, de infecciones oculares e internas, sin olvidar, el pabellón de ginecología y la sala de operaciones,<sup>4</sup> entre otros, que fueron puestos al servicio de la población de la ciudad de México por el gobierno.

Antes de continuar, conviene detenerse un momento y observar como en las vísperas del derrumbe del Porfiriato, ciertas imágenes fotográficas, que considero testimonios históricos de gran valor, permiten “mirar” y reflexionar sobre un aspecto de la historia hospitalaria de la ciudad de México. Debo insistir en el argumento de que las fotografías son documentos históricos, y por tanto fuentes que sirven para construir la historia de la medicina mexicana. De ello da cuenta el siguiente trabajo sobre el Hospital General de la



El Hospital General de la ciudad de México, símbolo de la modernidad. Revista *La Escuela de Medicina*.

ciudad de México. Una institución que fue posible gracias a la conjugación de las voluntades médicas, personales e institucionales.

### Proyecto y Construcción del Hospital General

El edificio principal del Hospital General de la ciudad de México, símbolo de la modernidad hacia el final del régimen porfirista, aparece imponente a los ojos del espectador. Este es el sentido de las imágenes fotográficas, de autor desconocido, que acompañaron el folleto que publicó la Secretaría de Gobernación con motivo de la inauguración del Hospital General en 1905.<sup>5</sup>

La fotografía del edificio principal muestra la masa del edificio que contrasta con los individuos que a los lados del camino terminan la limpieza de la obra. Campesinos primero y trabajadores de la ciudad, más tarde, con sus vestidos de manta y sus sombreros de palma hacen notorio el contraste entre lo que se desea y lo que se tiene en el epílogo del Porfiriato: modernidad política *versus* desigualdad social.

La imagen fotográfica elocuente, por sí misma en lo que atañe a la actitud de los hombres, muestra de manera nítida la división fomentada por el gobierno entre los grupos que forman el tejido social del régimen imperante en esos años. El capataz, orgulloso muestra la obra puesta a punto, así lo denota la actitud y la mirada. El grupo de hombres del fondo, con su presencia colectiva hace resaltar la grandeza del

inmueble. Su presencia es una muestra de las intenciones modernizadoras de la élite científica, que creía en los logros que se podían realizar con una eficiente dirección política.

La construcción de dos plantas, en cuya entrada principal luce un arco de medio punto, fue realizada con ladrillo, cantera y teja, además de un novedoso armazón de hierro. El conjunto tuvo ese aire francés, sólido y de “buen gusto” que imperaba en esos años. Así lo corroboran los rasgos neoclásicos del edificio. El frontis principal, la arquitrabe, las finas molduras que imperceptibles asoman en los extremos del tejado. A los lados, portería y oficina de admisión que arrancan desde plantas hexagonales y que terminan rematadas con el característico chapitel, marcan el sueño de un régimen que intenta insertarse en el mundo moderno con el fin de figurar como se decía en la época: “en el concierto de las naciones civilizadas”. En los albores de la nueva centuria, la imagen del Hospital General es el símbolo del estado nacional: aquel que todo lo puede y todo lo atiende.

La realización de la obra se llevó a cabo de modo científico, conforme a la filosofía de la época. Esto es claro si nos remitimos a las ideas esbozadas por el hombre en quien recayó la tarea de construir el hospital, de acuerdo a los adelantos de la ciencia médica; el doctor Eduardo Liceaga, quien era miembro de la élite política y científica del Porfiriato.<sup>6</sup> Una carta enviada por Liceaga al secretario de Gobernación, revela los pasos, los ensayos y modificaciones que sufrió el proyecto original para planear el hospital.

*Señor Ministro: En la reciente visita que he hecho a los Hospitales de Búffalo, de Philadelphia y de Nueva York en los Estados Unidos; a los [...] de Reims y de París, en Francia; a los Hospitales de Berlín; al magnífico de Hamburgo en Alemania; a los destinados al servicio militar en Varsovia y a las soberbias instalaciones del que con el nombre de Institutos forman los Hospitales de las Clínicas de Moscow; me propuse estudiar los perfeccionamientos que pudieran aplicarse al Hospital que se está construyendo en la Capital y comparar la manera con que en esos diversos establecimientos se han resuelto los problemas que miran a la Higiene y el modo con que nosotros hemos planteado y podremos resolver los mismos problemas en relación con la extensión de terreno de que hemos podido disponer, con las condiciones de nuestro clima, con la naturaleza de nuestros materiales de construcción y lo limitado de nuestros recursos. Esta comparación nos es ventajosa desde muchos puntos de vista.*<sup>7</sup>

El método para realizar la obra resultó excepcional. No sólo se trataron de seguir los patrones arquitectónicos de los hospitales extranjeros, como el Hospital Debrousse de la ciudad francesa de Lyon, construido por el arquitecto Georges Blachier, hacia principios de siglo XX,<sup>8</sup> y que fue un modelo de hospital para varios países, incluido México; especialmente se buscó en lo propio, los elementos locales y las formas que dieran vida a la obra progresista que se pretendía realizar.

Comparando los edificios hospitalarios, es evidente el contraste entre la arquitectura hospitalaria francesa y lo que fue la máxima obra hospitalaria porfiriana. Así, lo que pudo haber sido un edificio inmenso, de acuerdo con la realidad nacional quedó en un edificio de precisas dimensiones.

Las dos plantas del edificio del Hospital General contrastan con los tres niveles del hospital Debrousse. En el techo de este último la serie de mardalas o buhardillas dan magnificencia al edificio. En el Hospital General, sólo en sus extremos destacan dos de estos elementos decorativos, sin embargo, la búsqueda y el seguimiento del modelo francés, continúa aún con los pocos materiales, terreno y presupuesto de que se dispone; así se observa que los extremos del edificio principal del Hospital General son macizos cuerpos que resaltan ligeramente por encima de la fachada, buscando la profundidad tan notoria que tiene el Hospital de la ciudad de Lyon. En este edificio existe un inmenso pórtico que es custodiado por dos torres que terminan en chapitel ligeramente modificado. Al centro una figura decorativa en forma de rosetón da dinamismo al conjunto arquitectónico y

permite recrear un movimiento que se proyecta hacia adelante atraído por la figura decorativa que sobresale en el jardín. Esta solución arquitectónica parece invitar a disfrutar de los prados que con su holgura, envían al cajón del olvido la idea que durante siglos acompañó a estas estructuras consideradas “templos de dolor y muerte”.

En el Hospital General frente a la falta de dinero, así como de terreno y de materiales, todo se condensó y se buscó que prevaleciera una construcción de “buen gusto”, como ejemplo de la arquitectura hospitalaria. En el edificio principal la solución que se planteó fue eficiente, porque además de servir como administración, albergó en su segundo nivel la biblioteca y el archivo, así como el salón que servía para impartir las cátedras de medicina, tan importantes para el vínculo secular entre escuela y hospital.

### Los Pabellones y las Salas del Hospital General

Los pabellones del Hospital General fueron alineados uno tras otro, como casas habitación perfectamente planeadas. Los pabellones tienen todos los adelantos técnicos de la época que fueron integrados al conjunto hospitalario; agua limpia y pura, extraída de varios pozos artesianos construidos con el expreso fin de proporcionar líquido abundante para la comodidad y limpieza requerida por pacientes y médicos. Las tuberías llevaban el agua por todos los espacios y rincones del hospital. Lavabos de acero o de porcelana conectados a grifos y cañerías, permiten que el agua limpia y corriente, elemento fundamental de la higiene, fluya y realice su cometido. El agua potable era indispensable en las sesiones de la sala de hidroterapia, para beber o como agua caliente para algunas prácticas médicas.



Los pabellones del Hospital General fueron alineados uno tras otro.

Un elemento importante de la estructura del hospital fue la luz eléctrica; luz que iluminaba cada uno de los rincones de los diversos pabellones, así como las anchas calles que con sus ocho metros simbolizan el progreso que se busca. Muy pronto, al finalizar la primera década del siglo XX en México, la luz eléctrica será el alma del movimiento industrial del país. Por eso como avanzada del futuro, en las fotografías están los arbotantes que presiden ese concierto de líneas rectas y luces, que empecinadas, aún hoy, simbolizan el progreso que intenta dominar la naturaleza. De igual modo, los hilos telefónicos exhiben la modernidad técnica y el progreso científico incorporados a la infraestructura al Hospital General. En este sentido el doctor Liceaga, abunda sobre un aspecto del funcionamiento del mismo.

*Para hacer muy rápido el servicio de alimentos y medicinas, para llevar y traer la estufa de desinfección y de lavandería de los diversos pabellones, el ingeniero [Roberto Gayol] ha proyectado un ferrocarril Decauville que tiene no menos de cuatro kilómetros de longitud y que pasa a lo largo de cada una de las cabeceras de los pabellones. Plataformas especiales conducirán los alimentos en portaviandas cerrados a la cabecera de cada pabellón. Habrá en esté una alacena con puerta de madera cuya llave tendrá el empleado que distribuye la comida; la deposita allí y vuelve a cerrar la puerta.<sup>9</sup>*

Racionalismo científico que se manifiesta en la construcción de diversos edificios simétricos, trazados como un silogismo positivista que tiene como máxima, entre otras cosas, el aire puro y limpio que solo se logra con una adecuada ventilación. Esa es la razón de la holgura y espacio entre las avenidas que forman la retícula donde se asientan los diversos pabellones, y que incluso existe entre la tierra y las construcciones con el fin de que los miasmas no penetren en los



Como avanzada del futuro, están los arbotantes que presiden ese concierto de líneas rectas y luces.

edificios. De este modo se busca que el hospital sea immaculado y luminoso; en fin, perfectamente realizado.

La obra hospitalaria fue un alarde de planeación, que incluso hasta sus más conspicuos críticos debieron de reconocer, en concordancia con la opinión de los médicos de la época que indicaban: “Todo se ha dicho en honor y gloria del nuevo Hospital General de la ciudad de México... ¡Perfectamente! **Es vasto, limpio, aireado y luminoso**”.

Después de haber traspasado las rejas de metal que resguardaban la construcción, los diversos pacientes que acudían al hospital ingresaban al edificio de admisión donde se les registraba y tomaban sus datos generales. Una sala de altos y desnudos muros, con techos extensos y pisos de concreto espera a los enfermos que ingresan al hospital. Posteriormente eran conducidos al pabellón de observación donde los médicos encargados los canalizaban al pabellón correspondiente según fuera clasificada su enfermedad y donde se les proporcionaba cuidados médicos. Todas las salas eran idénticas a la fotografía que acompaña a este texto, a pesar de destinarse a enfermedades específicas. Por esa razón tenían diseño, mobiliario y disposición de camas de acuerdo al padecimiento. Algunas salas tenían dos hileras de camas cubiertas con sábanas desinfectadas; al centro de la habitación, había un bote de limpieza para su pronta utilización, así como escupidera y bacín. Había también una camilla que podía ser tomada con prontitud por las enfermeras para llevar al enfermo a la sala de operaciones.

Las salas de observación son amplios espacios inundados de luz que proporcionan los ventanales y que permanecían abiertos durante parte del día con el fin de lograr una mayor ventilación. En estos lugares los enfermos eran revisados por un médico y un ayudante, quienes llevaban un registro cotidiano de las enfermedades; registro que, por otra parte,



Las salas de observación son amplios espacios inundados de luz.

servía para elaborar algunas de las estadísticas sobre las condiciones de higiene y salubridad del país.<sup>11</sup>

Las historias clínicas de los enfermos eran depositadas en el archivo del hospital que fue creciendo con el correr de los años como resultado de los servicios proporcionados a miles de enfermos. Los materiales del archivo son documentos que contienen diversos datos sobre los pacientes, los médicos y la administración del hospital, y estos documentos son valiosos porque son parte de la memoria que resguarda un periodo de la historia de la medicina nacional.

### Sociedad y Enseñanza de la Medicina en el Hospital General

El sistema político sobre el que descansaba el régimen de Díaz, estaba formado por diversos estratos que tenían alguna influencia según su cercanía con el poder. En este sentido los más poderosos hacían sentir su peso político en la vida social de la época, incluidos los servicios que prestaba la beneficencia pública. Así, en el Hospital General, como igual sucedió en muchos de los hospitales del periodo novohispano, las diferencias de clase estaban marcadas. En cada pabellón del General había salas exclusivas para “enfermos distinguidos” a los que se procuraban cuidados especiales en lugares severamente restringidos a los enfermos comunes. La intención era proporcionar privacidad a estos pacientes para alejarlos de las miradas indiscretas que podrían ver en los padecimientos de los enfermos distinguidos situaciones de igualdad. Esto era particularmente notorio en el caso de las enfermedades *non santas*, de ahí el celoso anonimato, que si bien no garantizaba la salud, era indispensable para conservar la autoridad de algunas figuras públicas que ingresaban al hospital.

Para los enfermos distinguidos del Hospital General, decía el doctor Eduardo Liceaga,

*se ha reservado un local especial con entrada independiente. Es un verdadero hotel para doce enfermos, seis del sexo femenino y seis del sexo masculino. Las habitaciones están dispuestas a los lados de un patio cuadrangular. Cada una se compone de una alcoba y de un cuarto de tocador; con tina, lavabo y excusado. El servicio se hará por un corredor interior. Este departamento tendrá cocina y comedor especiales. En el patio de que antes se habló, habrá un jardín y estará rodeado de jardines el exterior del edificio.*<sup>12</sup>

En el México de principios de siglo XX, las enfermedades que padecían los habitantes de la ciudad eran la tuberculosis,

el tifo, la sífilis, la lepra, la tosferina, el cólera y algunas otras más. Por ello, el Hospital General fue diseñado para atender a los habitantes de la capital; pero también, fue construido para cumplir con uno de los más preciados fines de la medicina: la enseñanza médica. Por ello, dos años más tarde de inaugurado el hospital y ante el peligro de cerrar las puertas del nosocomio a los estudiantes debido a los desórdenes que provocaban, diversas voces se manifestaron para que sus puertas continuaran abiertas a los estudiantes. Acertadamente decía el catedrático de la Escuela de Medicina, doctor Fernando Zárraga:

*En dónde queréis que aprenda y adquiera la habilidad sino es trabajando en los enfermos? ...El Hospital tiene un papel docente y debe prodigar la enseñanza dentro del orden. Nada se debe de escatimar para que el estudiante prospere; pero menos que nada la observación de los enfermos... Cerrad los hospitales a los estudiantes de medicina y de un golpe habréis preparado para el futuro, médicos, malos diagnosticadores, malos cirujanos, malos parteros, malos terapeutas...*<sup>13</sup>

Así, pues aparte de las viejas aulas de la Escuela de Medicina de Santo Domingo donde se impartía la enseñanza de la carrera de médico-cirujano, la sala de operaciones del Hospital General también servía como un lugar de enseñanza privilegiado para los estudiantes de medicina. La sala de cirugía estaba situada casi al centro del conjunto de pabellones que componían el conjunto hospitalario. Se construyó según palabras del doctor Liceaga, *bajo un plan semejante al del Anfiteatro del Hospital Roosevelt, de Nueva York.*<sup>14</sup> Era un lugar de forma semicircular que constaba de una gran sala central destinada a las operaciones que se podían practicar bajo la mirada de los alumnos de la Facultad de Medicina. La sala de operaciones estaba habilitada



La sala de cirugía estaba situada casi al centro del conjunto de pabellones. Revista *La Escuela de Medicina*.

con un enorme tragaluz que permitía que la luz solar inundara el lugar, logrando de esta manera una mayor visibilidad para que el hábil cirujano cumpliera su cometido. Estaba revestida en sus paredes y piso con azulejos blancos, perfectamente pulidos y ligeramente inclinados para facilitar su limpieza; lo que proporcionaba al conjunto las condiciones requeridas para evitar las posibles complicaciones por la falta de asepsia.

### Las fuentes iconográficas

El historiador que utiliza fuentes iconográficas, en la medida que lo permite la metodología, reconstruye el pasado con los testimonios históricos que emergen de las imágenes que observa. Roland Barthes ha señalado que la fotografía es la manifestación de la ausencia. Esta afirmación que proviene de su trabajo sobre *La Cámara Lúcida*, precisa el sentido de lo que se busca y se encierra en las fotografías: el pasado. Las fotografías representan algo cuya esencia original se ha perdido en el paso del tiempo.<sup>15</sup> Pero, el lector agudo de fotografías, sabe, como afirma Agustín Martín Castro que:

*Detrás de cada obra fotográfica existe siempre un código valorativo según el cual, de manera consciente o no, se busca destacar algún elemento y presentarlo de una determinada manera, a fin de comunicar algo más que solo el objeto fotografiado.*<sup>16</sup>

En este sentido, los testimonios iconográficos son fuentes documentales que hablan de un tiempo ausente que fue congelado por el fotógrafo, pero particularmente las fotografías son el testimonio o visión de la realidad que el artista de la lente seleccionó para que perdurara en el tiempo. Es aquí donde deben reconocerse las limitaciones de los testimonios iconográficos, al ser resultado de la intencionalidad, no son suficientes para reconstruir el pasado, sin embargo, debemos de reconocer su valía como documentos históricos que al ser confrontados y contextualizados con otro tipo de fuentes históricas, permiten al historiador realizar su trabajo. Las fotografías son fuentes y documentos históricos y no simples adornos ilustrativos.

Debo insistir que las fotografías revelan la presencia del pasado. Ellas son los testimonios del tiempo detenido por el arte del fotógrafo. Así, la luz que baña con sus rayos el Consultorio General del Hospital Privado Médico Quirúrgico de San Antonio, en París, también ilumina algunos aspectos del desarrollo histórico de la medicina y en particular sobre los hombres que la hacen posible.

La presente imagen nos permite observar al médico en jefe,

encargado de alguno de los servicios que presta el hospital parisiense a sus enfermos. La fotografía es rica en detalles, ya que nos permite conocer a un hombre orgulloso de su profesión. Esto puede mirarse literalmente en las manos, de las cuales una de ellas descansa ligeramente sobre una de las mesas del consultorio, que muy cerca de la mesa de exploración, está llena de sustancias e instrumentos relacionados con la práctica de la medicina. Esta fotografía trae a la memoria, los antiguos retratos y las diversas poses que adoptaban los hombres que ejercían una profesión socialmente reconocida. El magistrado apoyaba la mano sobre una legislación; el sacerdote sostenía en sus manos un rosario o la Biblia; el escritor sostenía en la mano una pluma de escritura.

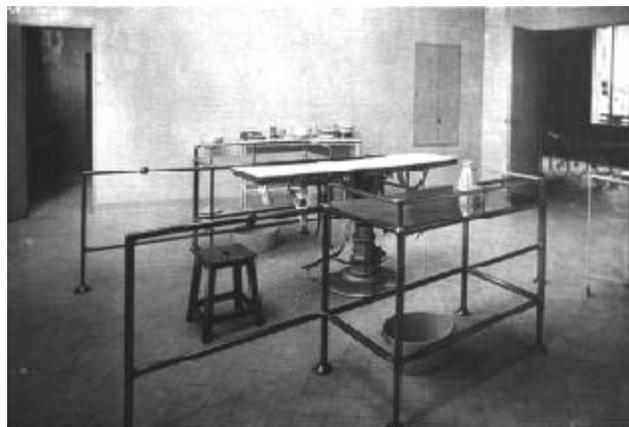
La fotografía como fuente histórica permite “mirar”, leer y comprender el pasado. Así, en la imagen del Consultorio General del Hospital Privado Médico Quirúrgico de San Antonio, ¿cómo no asombrarnos de la actitud tan displicente del ayudante del médico? La bata cayendo de sus hombros; las manos listas para hacer las diversas preparaciones y diestras en el manejo de los diversos instrumentos que sirven para medir la presión arterial y la temperatura del cuerpo. En el momento que son congeladas por el fotógrafo, dan muestra del carácter de lo humano; en el momento de la fotografía, esas manos ejercitadas en la práctica de un difícil oficio, no saben que hacer. Ante esto conviene preguntar ¿cómo serían las poses y las actitudes de los médicos que formaban parte del personal del Hospital General en los inicios del siglo XX?



Consultorio General del Hospital Privado Médico Quirúrgico de San Antonio.

La imagen de una sala de operaciones de un hospital francés de principios de siglo XX, puede ayudar a reconstruir históricamente como, muy probablemente, era el mobiliario que existía en la sala de operaciones del Hospital General. Una mesa de operaciones, construida en acero, con

diversas palancas y mecanismos que permiten su movimiento de un lado hacia otro; subir o bajar su altura con el fin de que el cirujano trabaje cómodamente; para esto, incluso dispone de un banco que utiliza en caso de que la operación sea prolongada. Firmes correas de cuero dispuestas de modo conveniente ayudan al médico y a sus ayudantes a realizar su trabajo en el cuerpo del paciente. En las mesas de acero que están colocados a los lados, reposa el arsenal quirúrgico necesario.



Una mesa de operaciones construida en acero.

Muros desnudos y fríos, recipientes totalmente limpios que contienen y reciben diferentes sustancias que se inyectan o se extraen de los cuerpos de los enfermos. Aquí, en estas imágenes a pesar de la ausencia, está la presencia del médico y del enfermo. En el Hospital General no sólo existió una sala de operaciones, sino que había otras dos más; una para realizar las laparotomías y otra para las craneotomías. Como complemento de los quirófanos, estaban el anfiteatro de disección, lugar utilizado para realizar las autopsias, así como el depósito de los cadáveres. Estos edificios, por razones higiénicas, se encontraban en la parte más alejado de la traza principal del conjunto hospitalario.

### Servicios del Hospital General

Entre los servicios que había en el Hospital General estaba el pabellón de maternidad. De él decía el doctor Eduardo Liceaga:

*El pabellón de maternidad, constará de dos pisos; en el inferior, un sala entera y la mitad de la otra se destinarán a los puerperios fisiológicos; la otra mitad, limitada por un tabique, se subdividirá a su vez en dos cuartos; uno destinado a la exploración de los enfermos y al trabajo, y la otra a las incubadoras;*

*y en extremo del pabellón habrá un pequeño anfiteatro para las lecciones.*<sup>17</sup>

Además aparte de este servicio, el General contaba con una sala de hidroterapia, destinada a los enfermos que necesitaran de ésta terapéutica tan apreciada en la época. Un amplio edificio, construido con materiales resistentes y duraderos, era el lugar donde el enfermo podía tomar en horas señaladas un baño de aseo, con una regadera que le proporcionaba agua caliente o fría, y que disfrutaba placenteramente por ser poco usual entre los habitantes de la ciudad de principios de siglo XX.



Sala de hidroterapia, lugar donde el enfermo podía tomar en horas señaladas un baño de aseo.

Acto seguido, el paciente del establecimiento de hidroterapia podía tomar baños de inmersión en la piscina, semejantes a los que conocía los miembros de la élite porfiriana que existía en Europa.

Un estanque de amplias dimensiones, revestido en sus paredes con azulejos vidriados formaba la piscina donde los pacientes permanecían por horas, con el fin de proporcionarle a sus cuerpos el descanso que se complementaba con la calidez de la luz solar que entraba por el tragaluz de amplios cristales del techo de la sala, que fue concebido a semejanza de las que existían “en los cuarteles del ejército en Francia: con baños de ducha en todas sus formas; los baños rusos; los baños turcos etc., con todos sus accesorios...”<sup>18</sup>

Y, como si lo anterior no fuera suficiente para lograr el restablecimiento de la salud y la fisiología del sistema motor de los individuos, el hospital también contaba con una sala de mecanoterapia,<sup>19</sup> amplio local destinado a los sujetos que por alguna enfermedad habían sufrido atrofia de alguna de sus funciones motoras. En la sala se les proporcionaba, según el caso, masoterapias y se le conminaba a realizar



Sala de mecanoterapia

ejercicios físicos con aparatos *ad hoc* para lograr su rehabilitación, que se complementaba con la enseñanza de la “gimnasia sueca”.

En la imagen, en primer plano se puede mirar un aparato en forma de bicicleta destinado a la realización de ejercicios con los miembros inferiores. Pasamanos de madera que auxiliaban a los impedidos para caminar. Barras y cuerdas, así como otros artefactos eran el complemento de esta gran sala construida *ex profeso* para la rehabilitación de los enfermos, que muy probablemente observaban el lugar, como el tránsito final para salir del Hospital y reintegrarse a la vida cotidiana.

Finalmente, el Hospital General representa una etapa del desarrollo de la medicina mexicana hacia el final del Porfiriato. Su edificación fue un logro de la política sanitaria del régimen, porque por primera vez, en muchos años, gracias a los esfuerzos de los médicos y las autoridades hubo en la ciudad de México una institución, dedicada a atender de manera unificada los problemas de salud de la población de la capital.

El Hospital General significó para la población de la ciudad, pero particularmente para sus estratos más bajos, un espacio de alivio para algunas de sus enfermedades. Durante los primeros años de la lucha armada, el hospital cumplió su cometido y sirvió, incluso como modelo de organización médica para los hospitales generales de la República, como aconteció durante la epidemia de tifo de 1915, cuando con los pocos recursos de que dispuso, atendió a más de 600 enfermos en diferentes pabellones habilitados como lazaretos hasta la construcción del lazareto para tifosos de Tlalpan en 1916.<sup>20</sup>

Durante los siguientes años el Hospital General continuó cumpliendo con sus deberes, sin embargo, el constante crecimiento de la población, rebasó la capacidad de atención médica y muy pronto los problemas y las carencias en la

atención y los servicios se agudizaron. En 1924 con la llegada del doctor Genaro Escalona a la jefatura del Hospital, éste sufrió una profunda reforma médica, académica y administrativa que acertadamente ha sido llamada el “Primer Renacimiento del Hospital”.<sup>21</sup> Este renacimiento permitió el surgimiento de las especialidades en México y por lo tanto el inicio de una de las épocas más fructíferas de la medicina mexicana del siglo XX.

## Referencias

1. *Proyecto de Hospital General de la Ciudad de México. Aplicaciones, Modificaciones y perfeccionamientos que se han introducido en el Proyecto Primitivo. Documentos coleccionados por el Dr. Eduardo Liceaga. Director médico de la construcción.* Imprenta de Eduardo Dublán, callejón del cincuenta y siete, México, no. 7, 1900, p. 1.
2. El proyecto para construir el Hospital General, comenzó a formularse en 1881, cuando una comisión formada por los doctores Domingo Orvañanos y Nicolás Ramírez de Arellano, miembros del Consejo Superior de Salubridad, ante la propuesta de reconstruir el Hospital Juárez "recomendaron la construcción de un nuevo hospital, citado en Carlos Viesca Treviño. “La materialización de un sueño”, en Viesca; Carlos y Díaz de Kuri; Marta. *Historia del Hospital General de México.* Hospital General de México, S. S. A., México, 1994, p. 47.
3. A este respecto es muy aleccionador el informe del 3 de febrero de 1898, enviado por el doctor Eduardo Liceaga al secretario de Gobernación, en el cual explicaba detalladamente porque debía de darse el nombre de Hospital General a la obra que se estaba construyendo en los terrenos de la Indianilla, y al cual se oponían algunos médicos de la capital por considerar que la reunión en varios edificios de pacientes con enfermedades infecciosas era un peligro para la salud de la población. Para mayores detalles, véase, Liceaga, Eduardo, *op. cit.*, pp. 91-95.
4. El doctor Liceaga, indicó que los servicios del hospital serían los siguientes: de medicina: de cirugía con sus divisiones; de enfermos venereo-sifilíticos; de enfermedades de los niños; de obstetricia; de tuberculosos; de leproso; de tifosos; de otras enfermedades infecciosas en los niños; de infecciones puerperales; de enfermos distinguidos no infecciosos; de enfermos infecciosos adultos y de partos reservados. Los servicios estarían divididos en dos grupos: de infecciosos y no infecciosos. Véase, Liceaga, Eduardo. *Mis recuerdos de otros tiempos.* Talleres de la Nación, México, 1949, pp. 141-158.

5. Secretaría de Estado y del Despacho de Gobernación. Dirección de Beneficencia Pública. *Hospital General* 1905, México, 31p. En el caso de las fotografías que acompañan al folleto, éstas probablemente, aunque no tenemos datos para afirmarlo, fueron tomadas por Guillermo Khalo, quien como fotógrafo oficial del régimen “durante varios años, de 1904 a 1908, recorrió la República mexicana para realizar los álbumes fotográficos que Limantour pensaba publicar en 1910 para la conmemoración de la Independencia”. Citado en Olivier Debroise. *Fuga mexicana. Un recorrido por la fotografía en México*. CNCA, México, 1994, p. 99. La sugerencia de que las imágenes sobre el Hospital General, sean parte del trabajo profesional de Guillermo Khalo, sólo se funda en que años más tarde, -y a este respecto debe recordarse también su trabajo fotográfico del Hospicio para Huérfanos de la Ciudad de México que se encuentra en el Archivo Histórico de la S.S. A., -con placer aceptó, en 1933, tomar las imágenes de la recién renovada Facultad de Medicina. Trabajo donde una vez más demostró su calidad, pero en particular “la frialdad y distancia, objetiva y científica” y hasta cierto punto excesiva que señala Debroise, caracterizó el trabajo de Khalo. Estos puntos de vista se complementan con la información que Debroise, tomó de Hayden Herrera sobre este importante fotógrafo decimonónico. Herrera, indica que en su trabajo, Khalo “trata de ofrecer la mayor cantidad posible de información sobre la estructura arquitectónica, eligiendo cuidadosamente los mejores puntos de vista y utilizando la luz y la sombra para delinear las formas”. Estas cualidades se observan muy bien en las imágenes fotográficas que acompañaron al folleto sobre el Hospital General.
6. Entre los varios cargos públicos que ocupó el doctor Eduardo Liceaga, destacan el de presidente de la Academia Nacional de Medicina, director de la Escuela Nacional de Medicina y presidente por más de una década del Consejo Superior de Salubridad, organismo encargado de la vigilancia de la salud pública. Fue durante el periodo del doctor Liceaga al frente del Consejo, que existieron avances notables en higiene, particularmente en el manejo de las excretas, alcantarillado y agua potable en la ciudad. Su decidido esfuerzo en beneficio de la salud pública, pero en particular su cercanía con el poder político, permitió que muchas de sus iniciativas fueran escuchadas y promovidas por el presidente de la República.
7. “Proyecto que modifica el anfiteatro de operaciones y sus anexos en el Hospital General”, en Liceaga, Eduardo, *op. cit.* p. 107.
8. Brandín, D. *Documentos Históricos para la Historia de los Hospitales en el siglo XIX*, Imprenta Decorchant, París, s/a, p. 28.
9. Liceaga, Eduardo, *op. cit.*, p. 155.
10. Quevedo y Zubieta, Salvador. “El Hospital General y las Especialidades”, en *La Escuela de Medicina*. México, 15 de diciembre de 1905, No. 23, t, XX, p. 529.
11. En este punto es importante hacer mención que la estadística, particularmente al final del Porfiriato, adquirió grados impresionantes de fe en el futuro. Un ejemplo, antes de que concluyera el año de 1905, el Consejo Superior de Salubridad, predecía el número final de fallecimientos de niños a causa de la viruela. Esto fue calculado en base a las cifras de los años anteriores a 1905 más un aumento proporcional resultado de las cifras de años atrás. Así resultó que habrían 5 580 muertes infantiles. Véase *El Republicano, Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Aguascalientes*, Aguascalientes 17 de diciembre de 1905, no. 52, p. 5.
12. Liceaga, Eduardo, *op. cit.* p. 148.
13. Zárraga, Fernando. “El papel docente de los hospitales,” en *La Escuela de Medicina*. México, 15 de enero de 1907, No. 1, t, XXII, p. 3.
14. Liceaga, Eduardo, *op. cit.* p. 149.
15. Citado en Molina, Mauricio. “Instantáneas sobre Literatura y Fotografía”, en *Revista México en el Arte*, No. 24, invierno de 1989, México, INBA, p. 45.
16. García Verástegui, Lía. *La fotografía en México*. CNCA, México, 1987, p. 94.
17. Liceaga, Eduardo, *op. cit.*, p. 151.
18. *Ibid.* p. 148.
19. Existió además, la sala de electroterapia, de la cual también existen testimonios iconográficos.
20. Barragán Mercado, Lorenzo. *Historia del Hospital General de México*. Lerner Mexicana, México, 1968, p. 64.
21. Véase, Viesca, Carlos, *op. cit.*, p. 145.